

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 14 DE ABRIL

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Vida íntima de Ramsay Mac Donald

Influencia de su esposa

«Volver hacia ella los ojos en días de tormenta y de angustia, era como hallar un puerto [seguro, donde las aguas son mansas, bajo la sonrisa del cielo].»

¿Cómo la mujer que inspiró estas palabras no había de conducir a un hombre a las más nobles cimas, ni cómo el hombre que las escribió no había de ser capaz de las más grandes empresas? Acaso aquí esté la clave de que sea Ramsay Mac Donald, y no otro, el actual gobernante de la Gran Bretaña. Porque el primer Jefe laborista del Gobierno inglés, a juicio de M. B. Saunders, corresponsal del *Boston Globe*, se debe mucho a su matrimonio con una mujer cuyos bienes de fortuna le procuraron la independencia necesaria para llegar a la jefatura del partido. Sin embargo—agrega Mr. Saunders—antes que sus bienes materiales, cuantiosos por cierto, fueron la simpatía de ella, su cultura, sus relaciones sociales y su fervor por la doctrina socialista, los que condujeron al oscuro líder laborista a las mayores alturas. Pertenecía ella a una familia distinguida y acomodada, y su alianza con Mac Donald puso fin a «los días de miseria y de lucha». Murió en 1911, y su marido le consagró una corta biografía, singularmente afectuosa, en la cual confiesa la magnitud de la deuda que contrajo



MR. RAMSAY MAC DONALD

(*Revue Contemporaine, Paris*).

para con ella. Su primer encuentro se verificó en circunstancias singulares. Un día, aún pobre y prácticamente ignorado, al

llegar a su oficina, Mac Donald, refiere Mr. Saunders:

«Encontró una carta firmada por una persona desconocida. Contenía una generosa contribución para la causa defendida por el joven político, junto con frases de confianza en sus principios y votos por el buen éxito de su campaña. Recibir cartas de personas desconocidas no era cosa rara, mas sí lo era recibirlas acompañadas de una contribución en dinero. Muy agradecido, Mac Donald prosiguió la campaña con nuevos bríos, hasta que llegó el día de las elecciones. El joven candidato laborista fué derrotado, y lo que es peor, su salud se alteró en términos de verse obligado a guardar cama.

»De nuevo recibió una carta de una persona desconocida. La misma persona. Su nombre era Margaret Ethel Gladstone. Era hija de un distinguido profesor y sobrina de Lord Kelvin, el célebre sabio. Por rango y por posición, esta mujer estaba muy distanciada del humilde hijo de labradores, pero se hallaba identificada con él en principios y en ideas. Se conocieron y ocurrió lo inevitable. Se enamoraron mutuamente. A partir del día en que se conocieron, se amaron en silencio, y así continuaron mucho tiempo asechando la ocasión de confesarse su pasión mutua.

(*Pasa a la página siguiente*).

Un comentario

COMPLACE la publicación en *Repertorio Americano*, de trabajos acerca de la reforma implantada por Giovanni Gentile (1). Es importante que se conozca aquí ese movimiento, como lo es la difusión de la obra del filósofo italiano. Y diremos más: como es importante difundir la cultura italiana. En la Escuela Normal solemos aconsejar a

los estudiantes que procuren conocer el pensamiento de Italia, y aun nos permitimos sugerirles que busquen en su lengua una vía de fácil acceso a la cultura de otras razas. El trabajo de traducción y comentario sigue siendo fecundo en Italia. Es sabido, por ejemplo, que al pensamiento alemán se llega por ahí con relativa facilidad.

De España y de Francia estamos cerca, pero no de Italia. Aunque tampoco estamos tan cerca de Francia como conviene. Pen-

samos, al hacer tales afirmaciones, en las ideas americanistas de que *Repertorio Americano* es noble vehículo.

Hay la América por la América y la América por España, como hay en las ideas de esta hora intentos de concebir la América por Francia y acaso la América por Italia; pero parece cierto que todo ello viene a quedar subordinado a la amplitud de un superior concepto de latinidad como el expresado en la carta de Romain Rolland al señor Vasconcelos. Juzgamos que tal forma se aproxima más a la de una América Humana. Por lo que, del señor Vasconcelos no admiramos tanto las con-

(1) Véase *Repertorio Americano*, nº 2, del tomo en curso.